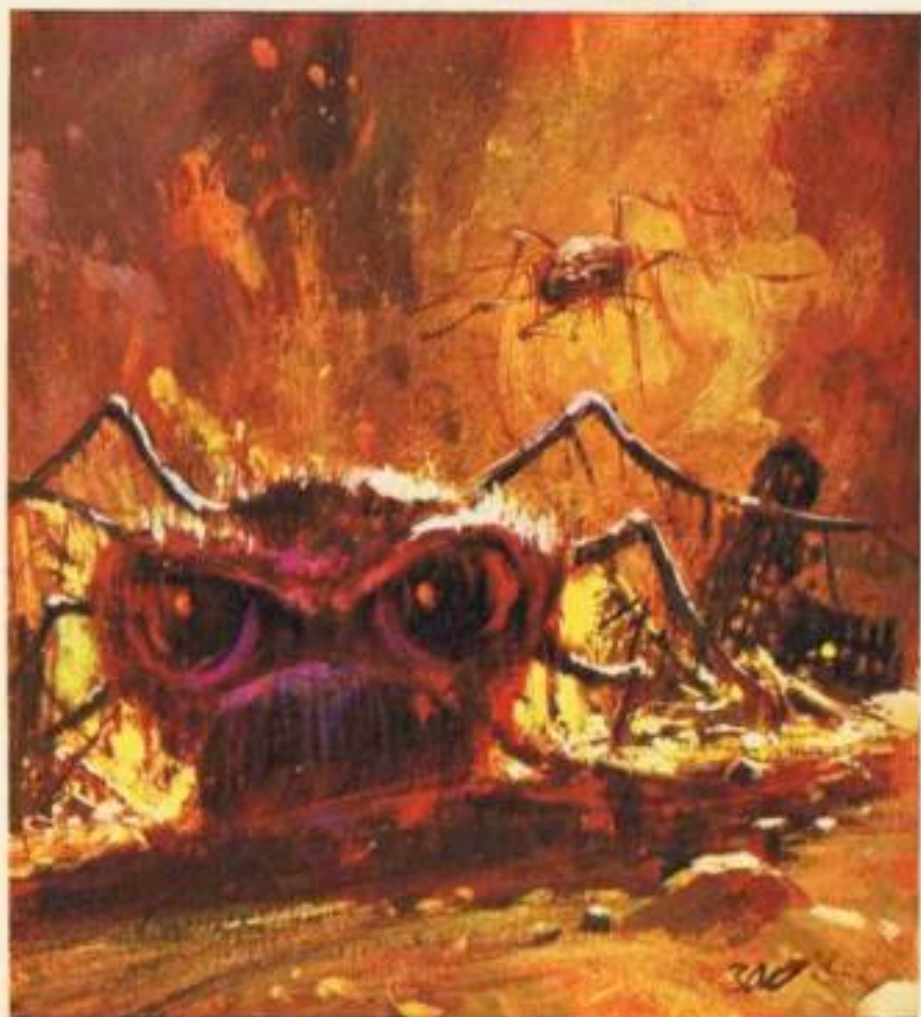


CIENCIA FICCIÓN

4



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *SF y mitología*, Carlo Frabetti.

... *Y llámame Conrad (...And Call me Conrad)*, Roger Zelazny, 1965.

Alucinogenia (The Psychedelic Children), Dean R. Koontz, 1968.

Casa propia (Settle), Ann MacLeod, 1968.

El conflicto (The Conflict), Ilya Varshavsky, 1967.

Usted lo recordará perfectamente (We Can Remember It For You Wholesale), Philip K. Dick, 1966.

PRESENTACIÓN

SF y mitología

Se ha dicho a menudo que la SF^[1] es el equivalente contemporáneo de los cuentos de hadas y las leyendas, y algunos comentaristas opinan que el género responde, básicamente, a un deseo de racionalizar los antiguos mitos, de hacerlos compatibles con nuestra escéptica era tecnológica dándoles una base, más o menos científica.

Un claro ejemplo de lo anterior lo tenemos en un reciente film de extraordinario éxito: La noche de los muertos vivientes. Dicha película utiliza el antiquísimo mito del zombi (o cadáver animado de una seudovida impersonal), pero en vez de justificar el fenómeno por la intervención de alguna oscura fuerza extrahumana, le busca una explicación científica, mucho más creíble para un público actual.

Pero si bien es cierto que la SF recurre con frecuencia a viejos símbolos y mitos, no hay que deducir por ello, como pretenden algunos, que se trata de una neo-mitología. El mito (y sus derivados, los cuentos y leyendas) es básicamente conservador, pues refleja una concepción cíclica («eterno retorno») de la existencia, que viene referida a un pasado primigenio en el que quedó definitivamente establecido al orden de las cosas.

La SF, por el contrario, es básicamente progresiva, pues, al plantear innumerables alternativas, al subrayar errores, taras y posibilidades, muestra la contingencia y la arbitrarie-

dad de ese orden establecido. Al estimular la imaginación y la actitud especulativa, se convierte en una importante arma contra la rutina y el conformismo.

Por tanto, si bien hay una relación entre mitología y SF, es más de ruptura, de antítesis, que de continuidad. Cuando la SF adopta los símbolos de antiguas leyendas, no se limita a racionalizarlos, sino que suele, además, desmitificarlos (naturalmente, me refiero a la SF de cierta calidad, pues bajo el epígrafe «ciencia ficción» se acogen una infinidad de subproductos, generalmente pueriles y embrutecedores, que se mantienen en una línea totalmente mítica).

... Y llámame Conrad, la narración central de la presente antología, quasi novela que ocupa las tres cuartas partes del volumen, tiene mucho de odisea. Su protagonista nada tiene que envidiar a los héroes homéricos, y en el fascinante escenario de una Grecia transfigurada por la radiactividad se encontrará con sátiros, vampiros y otras criaturas de leyenda.

Pero todos estos elementos de indudable extracción mítica están al servicio de una narración polémica, que, lejos de adormecer la mente, despierta la duda y la inquietud... A la vez que consigue divertir al lector más exigente.

CARLO FRABETTI

... Y LLÁMAME CONRAD

Roger Zelazny

Los lectores de la desaparecida revista Minotauro difícilmente habrán olvidado «Una rosa para el Eclesiastés» (núm. 8), y los seguidores de Nueva Dimensión, probablemente recuerden el relato «Mío es el reino» (número 4, con el seudónimo Harrison Denmark), en el que se nos presenta al último hombre sobre una Tierra muerta, que no se resigna a cedérsela a los pacíficos invasores xenoides.

En ...Y llámame Conrad, Zelazny recoge el tema de una Tierra en ruinas, acosada (de forma no bélica sino diplomática) por una raza extraterrestre fría y calculadora, y construye una narración de evidente corte épico. El protagonista, Conrad-Konstantin, es poco menos que un semidiós helénico, empeñado, a lo largo de su secular existencia, en una colosal epopeya cuyo escenario es una Tierra posatómica, en la que la radiactividad ha despertado, dándoles realidad física, los antiguos mitos y leyendas...

—Tú eres un Kallikanzari —dijo ella, de repente.

Me volví sobre el costado izquierdo y sonreí en la oscuridad.

—Dejé mis cascos y mis cuernos en la oficina.

—¡Tú conoces la historia!

—Mi nombre es Nomikos.

Extendí una mano y la toqué.

—¿Vas a destruir el mundo esta vez?

Me eché a reír y la acerqué más a mí.

—Lo pensaré. De todos modos, la Tierra se derrumba.

—Sabes que los niños nacidos aquí en Navidad son de sangre Kallikanzaroide —dijo ella—, y una vez me dijiste que tu nacimiento...

—¡Está bien!

Me había llamado la atención que ella estuviese bromeando sólo a medias. Sabiendo alguna de las cosas que uno conoce de los Antiguos Lugares, de los Lugares Calientes, se puede creer en los mitos sin realizar ningún esfuerzo extraordinario..., como la historia de aquellos espíritus parecidos a Pan que se reúnen cada primavera para pasar diez días serrando el Árbol del Mundo, y son dispersados en el último momento con el doblar de las campanas orientales. (Las campanas que doblan, los dientes que rechinan, los cascos que suenan ahogadamente sobre el suelo, etcétera.) Cassandra y yo no teníamos por costumbre discutir de religión, política o folklore egeiano en la cama..., pero como yo había nacido en tales lugares, los recuerdos estaban aún algo vivos.

—Me siento herido en mis sentimientos —dije medio en broma.

—También tú me estás haciendo daño ahora mismo.

—Lo siento.

Procuré relajarme sobre el lecho.

Poco después, expliqué:

—Hace mucho tiempo, cuando yo era muy pequeño, los demás chicos solían llamarme Konstantin Kallikanzari. Cuando me hice mayor y más feo, dejaron de llamarme así. Al menos nunca mencionaban tal nombre en mi presencia.

—¿Konstantin? ¿Era ése tu nombre?

—Ahora es Conrad, de manera que olvídale.

—Pero me gusta. Preferiría llamarte Konstantin que Conrad.

—Si eso te hace feliz...

La Luna asomó su deteriorado rostro por encima del alféizar de la ventana para burlarse de mí. Yo no podía alcanzar la Luna, ni siquiera la ventana, de manera que miré hacia otra parte. La noche era fría y húmeda; una neblina espesa lo llenaba todo.

—El comisionado de Artes, Monumentos y Archivos para el planeta Tierra no es la persona más indicada para derribar el Árbol del Mundo —dije.

—Mi Kallikanzari —respondió ella, con excesiva rapidez—. No he dicho eso..., pero cada año hay menos campanas y no siempre es el deseo lo que cuenta. Tengo la impresión de que tú cambiarás las cosas de alguna manera. Quizá...

—Estás equivocada, Cassandra.

—Y tengo miedo, y frío...

Estaba encantadora en la oscuridad. La sostuve entre mis brazos como si tratara de ampararla contra el rocío de la neblina exterior.

Al intentar reconstruir los acontecimientos de estos últimos seis meses, me doy cuenta ahora que mientras alzábamos muros de pasión y rebeldía, la Tierra ya había caído en manos de aquellos poderes que aplastan todas las rebeldías y sujetan todas las pasiones. Dirigidas desde el interior y el exterior, las fuerzas del quebrantamiento final aún desfilaban con paso de ganso por entre las ruinas..., sin rostro, irresistibles, con los brazos alzados.

Cort Myshtigo había atracado en Port-au-Prince, en el antiguo *Sol-Bus Line*, que le había trasladado desde Titán en compañía de una carga de camisas y zapatos, ropa interior, diferentes clases de vinos, medicinas, y las últimas cintas de la civilización.

Era un periodista galáctico, rico e influyente. Lo rico que era no lo sabríamos en muchas semanas, y la influencia que poseía era cosa que yo había averiguado hacía solamente cinco días. Y el inactivo Radpol estaba agitándose nuevamente, pero no lo supe hasta varios días después.

El Radpol. El viejo Radpol...

Organización importante entre los agitadores de la destrucción, el Radpol se había sumido en una larga quietud.

Después de la partida de su siniestro fundador Karaghiosis, el asesino (que extrañamente se parecía a mí, según decían unos pocos veteranos), el Radpol se había debilitado y dormido.

Sin embargo, ya había realizado su labor hacía medio siglo, y los veganos se hallaban estancados.

Pero Vega podía comprar la Oficina de la Tierra... que dirige este culpable mundo... y venderla muchas veces, sin que nadie se enterase, porque el Gobierno de la Tierra vive lejos de los alrededores de Vega.

Aunque Vega no lo había intentado hacer, o no había podido.

No desde que el Radpol había dirigido la Rebelión Resitutiva, fundido Madagascar, y demostrado su eficacia. El gobernador de la Tierra había estado muy atareado vendiendo terrenos a los veganos; esto mediante la Oficina, infección del servicio civil del Gobierno de la Tierra, aquí, entre las islas del mundo.

Una vez terminadas las ventas. Vega se retiró, y el Radpol se adormeció soñando su Gran Sueño..., el del regreso de los hombres a la Tierra.

La Oficina continuó administrando. Los días de Karaghiosis habían pasado.

Aquí en la isla de Kos, vagamos entre los olivares, ya silvestres, elegimos nuestro camino a través de las ruinas del castillo franco, o mezclamos nuestras huellas con las trazadas en jeroglífico por las patas de las gaviotas-arenque; aquí, sobre las húmedas arenas de las playas de Kos, matamos el tiempo mientras esperamos una redención que no llegará, y que, en realidad, nunca ha sido esperada.

Los cabellos de Cassandra tienen el color de las olivas de Katamara y son muy brillantes. Sus manos son suaves, los dedos cortos, delicadamente moldeados. Sus ojos son muy negros. Ella solamente tiene unas cuatro pulgadas de estatura menos que yo, lo cual le proporciona una gracia sin par, ya que yo paso del metro ochenta. Por supuesto, cualquier mujer aparece graciosa, precisa y atractiva, cuando camina a mi lado, porque yo no poseo ninguno de los atributos de belleza anteriormente mencionados. Mi mejilla izquierda es un mapa de África trazado en varios tonos morados a causa de las mutables fungosidades que adquirí de una lona enmohecida cuando desenterré al Guggenheim para el viaje a Nueva York; el pelo me llega casi hasta las mismas cejas, mis ojos son desiguales. (Miro a la gente airadamente con el que tiene un frío color azul cuando quiero intimidar; el de color castaño es para las miradas sinceras y

honradas.) Uso una bota reforzada, pues mi pierna derecha es demasiado corta.

Sin embargo, en Cassandra no hay contrastes. Es bella.

La conocí por casualidad, la perseguí con desesperación y me casé con ella en contra de mi voluntad. (Esta última parte fue idea suya.) Yo ni siquiera pensaba en ello..., ni aquel día cuando entré en el puerto con mi caique y la vi allí, tomando el sol como una sirena junto al sicómoro de Hipócrates y decidí que la deseaba. Kallikanzari nunca hizo mucho honor a la familia. Resbalé de nuevo.

Era una mañana muy limpia y clara. Se iniciaba el tercer mes desde nuestra unión. Sin embargo, aquél era mi último día en Kos, pues había recibido una llamada la tarde anterior. Todo estaba húmedo aún, a causa de la lluvia caída durante la noche, y tomamos asiento en el patio, bebiendo café turco y comiendo naranjas. El día estaba comenzando a iluminar el mundo. La brisa era intermitente, húmeda, la sentíamos bajo el negro peso de nuestros suéteres, y veíamos cómo se llevaba muy lejos el vapor de nuestro caliente café.

—Me siento destrozado —dije.

—Lo sé —respondió ella—. Procura animarte...

—Es inevitable. Tengo que irme y dejarte, y eso me desmorona moralmente.

—Puede que sólo se trate de unas pocas semanas. Eso has dicho tú. Luego, regresarás.

—Eso espero —dije—. Sin embargo, si mi ausencia se alarga, enviaré a buscarte. Todavía no sé dónde estaré.

—¿Quién es Cort Myshtigo?

—Un actor de Vega, periodista. Es importante. Quiere escribir sobre lo que queda de la Tierra. De manera que tengo que enseñárselo todo personalmente. Yo. Personalmente..., ¡maldita sea!

—Cualquiera que pueda tomarse unas vacaciones de diez meses para navegar por ahí no debería quejarse de exceso de trabajo.

—Yo puedo quejarme... y lo haré. Se supone que mi trabajo es una sinecura.

—¿Por qué?

—Principalmente porque hice que fuera así. Trabajé duramente durante veinte años para lograr que las Artes, los Monumentos y los Archivos sean lo que hoy son. Hace diez años llegué a conseguir que el personal que me rodea estuviese capacitado para dirigirlo todo. Y así pude retirarme a pastar en buenas praderas, como se dice vulgarmente. De vez en cuando regresaba para firmar papeles y luego hacía lo que me diese la gana durante largos intervalos de tiempo. Y ahora esto..., este gesto servil..., tener que acompañar por ahí a un plumífero de Vega en un viaje que podría realizar cualquier guía profesional. ¡Los veganos no son dioses!

—Espera un minuto —dijo ella—. ¿De qué hablas? ¿Veinte años? ¿Diez años?

Sentí un nudo en la boca del estómago.

—Ni siquiera has cumplido los treinta años de edad.

El nudo del estómago se hizo mayor. Esperé. Luego me levanté.

—Bien, hay algo que... bueno, algo que en realidad jamás mencioné ante ti. De todas maneras, dime, ¿qué edad tienes tú, Cassandra?

—Veinte años.

—¡Vaya, vaya! Yo estoy a punto de tener cuatro veces tu edad.

—No te comprendo, no lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Ni tampoco parecen entenderlo los doctores. Parece ser que me detuve en algún punto situado entre los veinte y los treinta años, y así seguí... Sospecho que eso es una especie de... bueno, parte quizá de mi mutación particular. ¿Acaso eso establece alguna diferencia entre los dos..., alguna dificultad?

—No lo sé... Quizá sí.

—No te importa mi cojera, o mi excesivo vello, o el aspecto de mi rostro. Entonces, ¿por qué debe preocuparte mi edad? Soy joven para todos los efectos.

—Ocurre que no es lo mismo una cosa que otra... —respondió ella, con indiscutible contundencia—. ¿Y qué ocurrirá si jamás te haces viejo?

Me mordí el labio inferior, cuando deseaba morder los suyos.

—Más pronto o más tarde tendré que hacerme viejo.

—¿Y si es más tarde? Yo te amo. No quiero llegar a ser una anciana a tu lado.

—Tú vivirás por lo menos hasta los ciento cincuenta años. Hay tratamientos S-S. Tú los tendrás a tu disposición.

—Pero no me mantendrán joven... como tú.

—Yo no soy realmente joven. Nací ya viejo.

Mis palabras no hicieron el menor efecto. Cassandra comenzó a llorar.

—Quedan muchos, muchos años por delante —añadí—. ¿Quién sabe lo que ocurrirá mientras tanto?

Mis palabras sólo la hicieron llorar más todavía.

Siempre fui impulsivo. Normalmente pienso bien, pero al parecer siempre lo hago después de haber hablado..., y, mientras tanto, generalmente, ya he destruido toda posible base para una ulterior conversación.

Tratando de animarla, añadí:

—Escucha, tú también tienes en ti una pincelada de Material Ardiente. Me costó cuarenta años darme cuenta de que no tenía cuarenta años. Puede que a ti te suceda lo mismo. No soy más que un chico de la vecindad.

—¿Conoces algún otro caso como el tuyo?

—Bien...

—No, no lo conoces.

—No, no lo conozco.

Esperé hasta que dejó de llorar y sentí cómo me miraba nuevamente. Luego, esperé un poco más.

—¿Estás bien? —pregunté finalmente.

—Muy bien, gracias.

Busqué su mano fría, pasiva, que llevé a mis labios.

—Rodos dactylos —murmuré.

Ella dijo:

—Puede que sea una buena idea... irte durante una temporada así, de esta forma...

La brisa barrió nuevamente el vapor del café. Era una brisa todavía húmeda, que nos calaba, y hacía que su mano o la mía temblasen..., no estoy seguro de cuál era. También la brisa agitaba las hojas sobre nuestras cabezas, vertiendo su rocío.

—¿No has exagerado tu edad? —preguntó—. ¿No lo has hecho siquiera un poco?

Su tono de voz sugería que el asentir a su pregunta sería la respuesta mejor acogida.

En consecuencia, respondí con tono de sinceridad:

—Sí.

Entonces, ella sonrió, algo más tranquilizada acerca de mi humanidad.

Continuamos sentados allí, tomados de la mano, y contemplando la mañana. Al cabo de un rato, ella comenzó a cantar en voz baja, casi entre dientes. Era una canción triste que tenía siglos. Una balada. Relataba la historia de un joven guerrero que jamás había sido vencido, un joven llamado Temocles. Llegó un momento en que era considerado el mejor luchador del mundo entero. Finalmente lanzó un desafío a la cima de la montaña y los dioses actuaron con rapidez: al día siguiente, un muchacho tullido entró en la ciudad sobre el lomo de un enorme perro salvaje. Temocles y el muchacho lucharon durante tres días y tres noches. En el cuarto día, el muchacho le fracturó la espina dorsal, dejándolo allí en el campo. Dondequiera que se vertió su sangre, creció la *strige-fleur*, como la llama Emmet, flor bebedora de sangre que se arrastra por las noches, sin raíces, buscando el espíritu perdido del caído campeón en la sangre de sus víctimas. Pero el espíritu de Temocles se fue de la Tie-

rra, de manera que aquellas flores deben continuar su búsqueda eterna. Más sencillo que Esquilo, pero es que somos personas más sencillas de lo que una vez fuimos, especialmente los habitantes de tierra firme. Además, ésa no es la forma en que realmente sucedieron las cosas.

—¿Por qué estás llorando? —me preguntó ella, súbitamente.

—Estoy pensando en las imágenes del escudo de Aquiles —respondí—, y de lo terrible que es ser una bestia educada..., y conste que no estoy llorando. Es el rocío de las hojas que cae sobre mi rostro.

—Haré un poco más de café.

El sol ascendió en el cielo a más altura, y al cabo de un rato se oyó el ruido de un martillo, procedente del patio del viejo Aldones, el constructor de ataúdes. El ciclamino había despertado y la brisa nos traía su fragancia a través de los campos. Muy alto, como un oscuro presagio, planeaba un murciélago araña, hacia tierra firme. Sentí dolor al crisar mis dedos alrededor de la culata de un «306 Detonador», y vi cómo el animal retrocedía. Las únicas armas de fuego que yo conocía se hallaban a bordo de mi buque, el *Vanitie*. Al cabo de unos instantes, el murciélago-araña se perdía de vista.

—Dicen que no son realmente nativos de la Tierra —manifestó ella, contemplando también la desaparición del animal— y que los han traído desde Titán para formar parques zoológicos y...

—Así es.

—... y que se perdieron durante los Tres Días, y entonces se volvieron salvajes, y que aquí crecen hasta alcanzar un tamaño mucho mayor que en su mundo.

—Una vez vi uno que medía diez metros con las alas extendidas.

—Mi abuelo me contó una vez una historia que había oído en Atenas —recordó Cassandra— sobre un hombre que mató a uno de esos animales sin contar con arma algu-